

Cristóbal Bellolio, *Ateos fuera del clóset*
(Santiago: Penguin Random House, 2014).

RESEÑA

ATEOS DEL MUNDO, UNÍOS

Daniel Loewe

Universidad Adolfo Ibáñez

A *teos fuera del clóset*, de Cristóbal Bellolio, es un libro bien escrito y estructurado, ameno, que sabe generar intimidad con el lector. Ya lo sabíamos, Bellolio tiene buena pluma. Pero, además, es un texto —lo que es raro en la academia— comprometido: al autor no sólo le interesa probar argumentativamente que sus tesis son las correctas —como, en mi opinión, casi siempre lo son—, sino que además le interesa, primero, convencer al lector de que sus tesis son las correctas y, segundo, convencerlo de que la corrección de las tesis debe implicar un compromiso práctico. De ahí la exhortación a salir del clóset con la que finaliza el libro. Se trata de una publicación precisa, en el momento adecuado.

El libro se estructura en siete partes. La primera es una introducción autobiográfica. La segunda refiere a distinciones conceptuales (ateos, teístas, deístas, agnósticos, etcétera). En la tercera, Bellolio se enfrenta al tema de las explicaciones no naturalistas (religiosas) del mundo y su funcionamiento, dedicando atención especial a los problemas del origen (de dónde proviene lo que existe). En la cuarta, se enfrenta a las problemáticas relativas al sentido de la vida con y sin referencia a algún dios (el problema del sentido trascendente o inmanente).

DANIEL LOEWE. Doctor en filosofía por la Universidad de Tübingen. Profesor de la Escuela de Gobierno de la Universidad Adolfo Ibáñez. Investigador de Núcleo Milenio / Modelos de Crisis. Email: daniel.loewe@uai.cl.

En la quinta, se refiere al tema de la moral con o sin origen divino. La sexta es un análisis de la laicidad de las estructuras estatales institucionales en Chile. Y finalmente, Bellolio exhorta a asumir las consecuencias prácticas de su análisis, proponiendo algunos modos, también institucionales, de hacerlo.

Bellolio argumenta sin contemplaciones, y como es usual en este tipo de libros, a favor de la superioridad del método científico por sobre la exegesis religiosa para dar cuenta de lo que es (tercera parte). Explicaciones no naturalistas del mundo son apropiadas para la literatura fantástica, pero no para la ciencia. No me referiré a estas discusiones, que son correctamente desarrolladas por el autor y en las que, sin duda, lleva las de ganar.

En la sexta parte, Bellolio realiza un análisis acucioso de la realidad institucional del Estado de Chile en cuanto a su supuesto secularismo o laicismo (conceptos que Bellolio expresamente utiliza como sinónimos). Para esto, recurre a la teoría de Robert Audi, que ofrece tres principios para examinar la separación entre las religiones y el Estado: el libertario, el igualitario y el de neutralidad. De acuerdo a su análisis, que en mi opinión es correcto, el Estado en Chile cumpliría con el primer principio, al asegurar a sus ciudadanos un espacio amplio para llevar a cabo sus preceptos religiosos. Pero no sería así con el principio de igualdad, ya que las religiones no estarían en igual pie (la distinción entre el estatus de personalidad jurídica de derecho privado y de derecho público que diferencia entre iglesias es un buen indicador de aquello). Pero el principio que nuestra institucionalidad definitivamente dista de cumplir es el de neutralidad: el Estado en Chile no es neutral entre la religiosidad y la no religiosidad. El Tedeum, los pesebres navideños, los feriados religiosos y las referencias de las autoridades públicas a creencias religiosas para apoyar o rechazar leyes, normativas o políticas públicas lo evidencian claramente.

En la cuarta parte Bellolio sostiene la tesis del sentido inmanente de la vida, es decir, la posibilidad de dar sentido a la vida sin referencia a un orden sobrenatural. Para los que no creemos que los dioses existan, el sentido de la vida debe referir a un proceso de construcción y asignación. Sin embargo, Bellolio es condescendiente pero también ambivalente con la religión y su aporte a la pregunta del sentido de la vida. Por una parte, considera que la religión sigue siendo una referencia posible

y quizás incluso apropiada si se trata de dar sentido a la vida. Por otra parte, Bellolio reconoce los peligros que subyacerían a la estrategia religiosa del sentido (refiere a Freud, Marx y Nietzsche). Pero a pesar de reconocer estos peligros, en última instancia parece subordinarlos a los beneficios que puede traer la religión para responder individualmente a la pregunta acerca del sentido de la vida. El motivo parece ser: si ayuda, bienvenida sea.

No estoy tan seguro sobre la pertinencia de esta subordinación o, al menos, de que con respecto al sentido de la vida la opción de los con dios y la opción de los sin dios sean igualmente valiosas, como Bellolio sugiere. Es evidente que muchos encuentran el sentido de la vida en la religiosidad, sobre todo en momentos trágicos. Es evidente que es un despropósito, como Bellolio sugiere, contradecir a los padres que acaban de perder a su hijo y buscan, y quizás sienten, alivio al considerar que está en un lugar mejor. Pero el motivo aquí es la compasión, un loable motivo. En este sentido, el rol terapéutico que podemos reconocer en la religión no se diferencia del rol terapéutico que podemos reconocer en un Valium (y no hay nada ilegítimo en prescribirlo o tomarlo uno mismo, aunque en un cierto sentido implique una forma de autoengaño: en ocasiones, la realidad es demasiado pesada para enfrentarla con todos los sentidos). El problema es que la religiosidad en cuanto tal, si bien legítima como opción personal para encontrarle sentido a la vida, tendría epistemológicamente una posición inferior para responder a la pregunta sobre el sentido de la vida, al menos en tanto asumamos la tesis —lo reconozco, controvertida— de que no queremos vivir bajo creencias falsas, y reconozcamos la corrección de los resultados de la tercera parte del libro de Bellolio, es decir, que la creencia en que dios existe no puede descansar en evidencia y, por tanto, se trata de una creencia falsa. Recurriendo al humanista Lodovico Settembrini, quien en sus memorables conversaciones con Naphta en la *Montaña mágica* de Thomas Mann afirmaba que la música era “políticamente sospechosa” porque hacía inflamarse la pasión y no la razón y así engañaba al espíritu, podemos afirmar que la religión es “políticamente sospechosa” por exactamente las mismas razones, y esto vale también cuando se recurre a ella para dotar de sentido a nuestra vida. Puede que la religión y lo trascendente sirvan para dotar de sentido a la vida, como para muchos es el caso, pero eso no le confiere un estatus especial o incluso

similar al del sentido inmanente. En rigor, si estamos de acuerdo con su estatus epistemológico inferior, tenemos que afirmar que también lo es la dotación de sentido que remite a ella.

En la quinta parte del libro, Bellolio defiende con fuerza la tesis de que la referencia a la religión es insuficiente —pero también innecesaria— para justificar comportamientos morales apropiados. Es insuficiente porque desde la perspectiva de las distintas religiones, o incluso desde la perspectiva de una misma religión, las conductas que se consideran como apropiadas y no apropiadas son contradictorias y, en muchos casos, moralmente incorrectas. Seguir esos preceptos implicaría renunciar a nuestra capacidad moral. Tal como Bellolio arguye, entre Abraham y Antares de la Luz no hay diferencias relevantes. Al mismo tiempo es innecesaria, porque es posible una moral sin referencia a preceptos divinos.

Al referir a esta última posibilidad, el autor no sólo comenta las bondades del kantismo y del utilitarismo (aunque hay que decir que el kantismo kantiano —hay kantismos no kantianos— como teoría moral viene con una maleta metafísica muy pesada, quizás tan pesada como la que trae consigo la religión), sino que además refiere a “una perspectiva naturalista que puede resultar contraintuitiva”.¹ La idea es que la ciencia (neurociencias, psicología, sociología evolutiva, etcétera) ofrecería explicaciones evolutivas acerca de las ventajas que traen consigo ciertos tipos de comportamiento (como la cooperación y el altruismo) que luego, al adquirir conciencia, elevamos a una categoría moral. Así, las respuestas morales estarían en nuestra “propia historia evolutiva”. Sólo se trataría de pulirlas. En este punto, aunque Bellolio es cuidadoso, no puedo sino presentar reparos: no hay vínculo justificativo entre evolución y prescriptividad. El único vínculo es explicativo. Así como cualquier explicación no naturalista —es decir, que se base en premisas no falsificables en razón de su inmunidad a la evidencia empírica— es inaceptable como explicación del mundo natural (aunque sin duda buen material para la literatura fantástica), así también lo es toda normatividad que base su prescriptividad en algún tipo de naturalismo (lo que resulta en este último caso es también un tipo de literatura fantástica que en el mejor de los casos se denomina realismo moral y, en el peor, neo-

¹ Cristóbal Bellolio, *Ateos fuera del clóset* (Santiago: Penguin Random House, 2014), 196.

darwinismo). Por el contrario, lo que es bueno evolutivamente en ningún caso puede ser un criterio para determinar lo que es bueno normativamente. Son universos paralelos, y mezclarlos, uno de los peores errores.

Me permitiré una digresión. Como es bien sabido, leer es siempre leer acerca de uno mismo. Todo ejercicio de lectura es autorreferencial (seguimos leyendo a los clásicos porque reconocemos algo profundamente humano, quizás incluso universal, en lo que nos reconocemos). Y enfrentarme al libro de Bellolio no ha sido una excepción. En mi caso, me sorprendió profundamente que el autor considere como problemáticas —y por tanto dignas de discusión— una serie de ideas y prejuicios que usualmente tienen individuos religiosos sobre los no religiosos, así como sobre la vida sin religión (por ejemplo, si es posible tener una vida con sentido y sin dios, o si es posible actuar moralmente sin religión, etcétera). Expresado en modo inverso: me llamó la atención cuán poco problemáticos son todos estos temas para mí. Evidentemente, entiendo que todo esto es problemático para muchas personas y que Bellolio quiere hacerse cargo de esas preocupaciones para desarmarlas (no olvidemos que el autor no sólo quiere probar sus tesis, sino convencer acerca de su corrección y exhortar a actuar de acuerdo a ellas). Pero no es sólo eso. Para el autor, todos estos son temas problemáticos de un modo vital porque están intrincados en su propia biografía y en su proceso de independencia intelectual, tal como queda en claro al leer la primera parte, autobiográfica, del libro. Por mi lado, nunca he tenido sensibilidad religiosa y quizás ni siquiera metafísica (soy sordo y ciego a lo sobrenatural). Ciertamente tiene que ver con mi socialización naturalista —y materialista histórica—. De la materialista histórica me liberé con los años, pero no así de la naturalista. De hecho, me resulta evidente que la posición más razonable es reduccionista y fisicalista (esto es, una posición que reduce la biología y la mente a las leyes y propiedades establecidas por la física, lo que va más allá de lo que Bellolio sostiene), aun reconociendo mi indefensión teórica frente al *really hard problem of consciousness*.² El punto de esta digresión es evidenciar aquello en lo que el autor reiteradamente y con razón insiste: los niños son inmensamente susceptibles a los procesos de adoctrinamiento

² Éste es el problema del aspecto subjetivo de la experiencia —los famosos *qualia*—; es decir, que un procesamiento físico dé lugar a experiencias con un carácter fenomenal, y que las cualidades fenomenales sean subjetivas.

parental. Todos lo hemos sido. De algún modo, todos somos prepucios sacrificados al altar de algún dios; al altar de esos dioscellos todopoderosos, celosos, admirados y en ocasiones casi determinantes del destino que resultamos ser los padres en los primeros años de vida de nuestros hijos. Con las palabras de Shalom Auslander en *Lamentaciones de un prepucio*, los que cuestionan la adoctrinación religiosa recibida constituyen una “nación de prepucios, que hacen lo que pueden para empezar de nuevo, construir algo y pasar la página”.³ Para Bellolio, en razón de su socialización, escribir y publicar *Ateos fuera del clóset* es un acto eminentemente performativo y liberador. Es un prepucio que pasa la página.

Y esto nos lleva a la última parte del libro, en la que Bellolio obtiene consecuencias prácticas del ateísmo. Algunas de ellas me parecen novedosas e interesantes (por ejemplo, la idea de ritualizar la vida de los sin dios). Otras, interesantes pero problemáticas; en especial, la idea de un derecho de todos los niños y niñas a un ambiente educacional libre de adoctrinamiento religioso. Evidentemente, expresado de ese modo, no se puede sino estar de acuerdo. Ni los amish, ni los gitanos, ni los cristianos fundamentalistas deben tener la autoridad para transformar el origen de sus hijos en destino. Entiendo la preocupación de Bellolio por la falta efectiva de opciones no religiosas en la educación pública, y comparto su idea de que hay que acabar con el adoctrinamiento en ella y derogar el D.S. 924, que indica que la enseñanza de la religión en Chile debe ofrecerse en forma obligatoria en todos los colegios, pero es opcional para los alumnos. Pero pienso que si la tesis de Bellolio respecto al derecho de los niños a un abanico amplio de opciones es correcta, debe aplicarse también a la educación privada. Sugerir, como hace Bellolio, que si cada cual paga por su preferencia costosa (es decir, matricula a sus hijos en un colegio religioso particular y paga las mensualidades), entonces los padres retienen el derecho a adoctrinar a sus hijos mediante la maquinaria educativa institucional, honra insuficientemente el derecho de los niños al futuro abierto que él defiende. En otras palabras, el derecho a un futuro abierto debiera correr tanto para los niños en colegios privados como públicos.

³ Shalom Auslander, *Lamentaciones de un prepucio* (Barcelona: Blackie Books S.L.U., 2010), cap. 22.

Por otra parte, si Bellolio no está dispuesto a sacar esta conclusión y permite, por tanto, que los padres puedan adoctrinar a sus hijos mediante la institución educativa si su bolsillo se los permite, entonces también debiese estar dispuesto a que otros padres gocen de la posibilidad de adoctrinamiento, aun cuando no puedan financiarla. La educación particular subvencionada, sobre todo si el Estado asume el copago, sería una alternativa. Como un asunto de principios: o la tesis de Bellolio vale para todos los niños, es decir, se trata de un derecho de todos a no ser adoctrinados religiosamente, aunque sus padres tengan los recursos para pagar por la satisfacción de su preferencia adoctrinadora en la educación privada, o no vale para ninguno. No veo un punto intermedio.

Si bien tengo simpatía con la tesis de Bellolio, tiendo a pensar que el derecho de los niños a no ser religiosamente adoctrinados no se puede extender al punto en que él lo hace. Ciertamente, hay muy buenas razones para limitar los niveles de adoctrinamiento. Por ejemplo, me parece que, ya sea educación pública, particular subvencionada o privada, no se debiese impartir el creacionismo o el diseño inteligente como una opción validada científicamente —porque no lo está— que goce de igual o mejor estatus que la teoría de la evolución; no se debiese dejar de enseñar la teoría de la selección natural; y no se debiese permitir a los padres retirar excepcionalmente a sus hijos de las clases en que se enseñe la teoría de la evolución, la igualdad entre los sexos o educación sexual. Sin duda, todo esto restringe las oportunidades de algunos padres interesados en adoctrinar a sus hijos mediante una institución educativa. Pero todo esto está lejos de la tesis de Bellolio de asegurar a los niños un ambiente e institucionalidad escolar exclusivamente libre de religión. *EP*